con la diplomacia de conciliación: la coronación de Napoleón, las consignas de León XIII (en España, en Francia, un poco por doquier, salvo en Italia donde se mantiene el *non possumus*), la política de Pío XI (con la condena de la Acción Francesa, el abandono de los cristeros y –podríamos añadir– la política con la II República española), Pío XII y la democracia… El último se pregunta por el magisterio político del mañana, visto que con el Vaticano II la «hipótesis» del siglo XIX se ha tornado «tesis», sin que haya servido para apaciguar a los Estados, que –por el contrario– parecen siempre más contrarios a la Iglesia, a su vez siempre menos respetada.

La conclusión trata del problema de «vivir moralmente en un mundo malo». Que concreta en amar particularmente nuestro país, vivir honradamente y aún más cambiar el mundo, así como mantener la llama de la esperanza y acabar con el individualismo. Como se dijo antes sigue un apéndice que ofrece un «ensayo de psicología de una católico *rallié*» (en la España del XIX se les llamó *mestizos*) en los siguientes rasgos: constatación «realista» de la victoria definitiva de la democracia, desconocimiento de la naturaleza de ésta, típica mala conciencia e interiorización de intereses opuestos. Un agradecimiento final cierra el libro: al arzobispo Marcel Lefebvre, de quien «recibió la gracia del sacerdocio» y que le hizo «comprender la doctrina de Cristo Rey». Como quiera que el autor abandonó la Hermandad de San Pío X, primero para profesar el sedevacantismo y para incardinarse después en una diócesis francesa, resulta particularmente significativo el mismo.

El libro, breve, es sin embargo de enorme interés. Puede sintetizarse en esta frase: «El oponente al social moderno debe ejercitar constantemente una ascesis mental y moral de no-integración, sin tomar nunca la forma de una huida sectaria o comunitarista. La misma precisa de una educación a la resistencia espiritual, intelectual, ética, que deberían dispensar los clérigos y en primer lugar los obispos, pero que tienen que asumir en todo caso los padres y los enseñantes católicos».

Manuel Anaut

Antonio Fontán, *Episodios republicanos. Apuntes sobre religión y política en la Segunda República (1931-1936)*, Madrid, Rialp, 2021, 260 pp.

Se publica, sesenta años después de que se escribiera, un interesante ensayo de Antonio Fontán sobre católicos y anticatólicos

Fundación Speiro

en la Segunda República y los antecedentes de ese enfrentamiento desde la España del siglo XIX. Interesante por su contenido, pero más interesante todavía por haber permanecido inédito tanto tiempo, las razones que de tal hecho se adivinan y las confesadas cautelas con que su publicación se ha presentado.

Antonio Fontán nació en Sevilla en 1923 y murió en Madrid en 2010, menos de dos años después de que el rey Juan Carlos hubiese premiado con el marquesado de Guadalcanal (lugar sevillano de procedencia de su familia) sus servicios a la dinastía y al régimen imperantes.

Personalidad brillante en variadas facetas: catedrático universitario de Latín y autor en ese ámbito académico de libros como *Humanismo romano* (1974) y *Letras y poder en Roma* (2001); vinculado, por razones familiares y posteriormente religiosas (fue miembro numerario del Opus Dei) y políticas (abiertamente liberales desde mediados de los años sesenta del pasado siglo), a empresas periodísticas de géneros dispares, como Unión Radio (después la cadena SER, hasta su venta a Jesús de Polanco), el semanario gráfico *La Actualidad Española*, las revistas culturales *Nuestro Tiempo* (por él fundada cuando en 1953 Rafael Calvo Serer cayó en desgracia y fue expulsado de Arbor) y *Nueva Revista* (en el cambio de siglo), y el diario *Madrid* (también con Calvo Serer, hasta su cierre gubernativo en 1972); entre lo universitario y lo periodístico, fundador del Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra; miembro del Consejo Privado del Conde de Barcelona y, desde las postrimerías del régimen de Franco, político activo en el grupo liberal de Joaquín Garrigues-Walker (los Fontán y los Garrigues eran socios en la cadena SER), con quien se incorporó a la UCD de Adolfo Suárez y alcanzó en 1977 la presidencia del Senado, de hecho constituyente, para desempeñar brevemente entre 1979 y 1980 el ministerio encargado del proceso autonómico y abandonar ese campo de la política activa tras el hundimiento de la UCD en 1982; aunque todavía siguiera después actuando en el ámbito político-cultural, con la citada *Nueva Revista* y como mentor de jóvenes liberales en torno a José María Aznar.

A caballo entre los finales años cuarenta y los cincuenta, Fontán formó parte del grupo impulsado por el citado Calvo Serer en torno a la ya mencionada revista *Arbor* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y la colección *Biblioteca del Pensamiento Actual* de la editorial *Rialp*, junto con el correligionario de ambos Florentino Pérez Embid y otros que lo eran también, por

Fundación Speiro

ejemplo el historiador Vicente Rodríguez Casado; o no lo eran, por ejemplo, excéntrico al grupo, el filósofo y carlista Rafael Gambra, tan unido posteriormente a la revista que acoge esta reseña.

Se trataba en suma de reanudar y proseguir el tracto cultural de la España católica, la secular y la más reciente de Marcelino Menéndez Pelayo y Ramiro de Maeztu, con tintes abiertos a autores de igual signo fuera y dentro de nuestras fronteras («el pensamiento actual»); evitar que se malograra la excepcional oportunidad abierta por la gloriosa reacción de 1936, el entusiasmo heroico y martirial de la guerra y la victoria de 1939; y favorecer en lo político una salida monárquica tradicional al régimen personal de Franco. Frente a la *España como problema* (1949) del entonces falangista Pedro Laín Entralgo, quien después descargaría su conciencia y apuraría el liberalismo hasta las heces (igual por cierto que Fontán y Calvo Serer), la *España sin problema* de la respuesta de este último también en 1949, no porque España no tuviera problemas sino porque, consustancialmente católica, no era ningún problema histórico.

En este contexto Pérez Embid y Fontán se propusieron un trabajo colectivo de historia de la Iglesia y de los católicos en la España contemporánea, que entre ellos llamaron «thesis». Hacia 1960 Fontán había terminado dos ensayos: el primero trataba sobre la cuestión religiosa en la Segunda República y sus antecedentes (quedó inédito hasta su publicación en 2021, aquí reseñada), y el segundo sobre la religión en la universidad de la posguerra, que sí se publicó por entonces (1961) con el sello de *Rialp* y con el título de *Los católicos en la universidad española actual*. Esa «thesis», incoada con el explicado signo tradicional y dejada inconclusa por Pérez Embid y Fontán, fue retomada treinta años después en la Universidad de Navarra por el historiador Gonzalo Redondo, pero con mucha mayor ambición académica y con el sesgo obsesivamente antitradicional que le caracterizaba, para dar lugar a sus grandes libros *Historia de la Iglesia en España 1931-1939* (Rialp, 1993) y *Política, cultura y sociedad en la España de Franco 1939-1975* (Eunsa, 1999-2009), serie que, por el fallecimiento de Redondo en 2006, quedó igualmente incompleta (sólo alcanzó hasta 1956).

Basten algunas citas extraídas de *Los católicos en la universidad española actual* para resumir la posición de Fontán, todavía en 1961, contra los dilapidadores de la victoria, para quienes «los vencedores de 1939 debían no asimilar a los vencidos, sino pactar con

Fundación Speiro

ellos una tregua. En la época de ensueños imperiales de *Escorial*, Ridruejo y Laín Entralgo habían propugnado una integración total, falangista, de la vida intelectual y política española. Ahora despertaban abogando por una eliminación de los contrastes entre la luz y la sombra, disueltos en una "habitable penumbra", donde se alinearan juntos los proyectos de España de Menéndez Pelayo y de Ortega y Gasset, el catolicismo militante de San Ignacio de Loyola y el antijesuitismo furioso de Unamuno». Para aquel Fontán la España de entonces no era «como torcidamente se ha dicho, un resultado de la "coacción política" o de un "grupo de católicos que se han encaramado al poder". Por el contrario, el catolicismo oficial del Estado es una consecuencia de la realidad católica de España y una condición "sine qua non" para el mantenimiento del mismo Estado y de la paz pública».

No se sabe o no se nos ha contado por qué los *Episodios republicanos* quedaron en cambio inéditos. En 1999 el autor preparó una edición limitada para sus amigos y conocidos, que es la que se ha elegido para publicación entre las cinco versiones existentes. En la «Historia de un manuscrito» con que se acompaña el libro ahora publicado, su sobrino Antonio Fontán Meana escribe que en 2009, meses antes de la muerte de su tío, habló «con personas que conocían su archivo, y me confirmaron que efectivamente existía el proyecto de publicarlo, pero que su autor quizás pensaba que hablar de la Segunda República en aquellos momentos resultaba impropio: no quería que un acto suyo pudiera hacer pensar que las cosas no iban a salir como él había querido». ¿Las cosas de España no iban a salir como él –entre los demás autores de la transición al régimen de 1978– había querido?

Y en la «Nota introductoria» que asimismo se encuentra en el libro Jaime Cosgaya, autor de una tesis doctoral sobre la biografía política de Fontán publicada por Eunsa en 2020, intuye que los reparos del marqués de Guadalcanal «pudieran referirse al deseo personal de que la publicación de un ensayo sobre un período especialmente convulso como fue la Segunda República no condujera a malentendidos sobre su obra y pensamiento político y, en último término, sobre el buen nombre ganado en amplios sectores de la vida pública española. A tenor del carácter revisionista que las dos últimas legislaturas han evidenciado respecto al quinquenio 1931-1936, es posible que Fontán entreviera que sacar a la luz sus impresiones sobre los años previos a la Guerra Civil podía representar un ajuste de cuentas por su parte. En esta tesitura,

Fundación Speiro

no resulta difícil imaginar que su talante conciliador, poco dado a enfrentamientos innecesarios, le desaconsejara huir de toda ocasión que pudiera sembrar discordias».

¡Cuántas cautelas! Religión y política en la Segunda República ¿una historia que no se puede contar? ¿En qué los *Episodios republicanos* podían conducir a malentendidos «sobre el buen nombre ganado» por Antonio Fontán «en amplios sectores de la vida pública española»? La cosa se entiende cuando Cosgaya precisa que, por su temática y enfoque, el libro quizá «ofrezca una imagen de su autor "distinta" de la que él proyectara de sí mismo desde el inicio de la transición democrática hasta el final de su vida».

Y es que ciertamente el libro proyecta una imagen antiliberal, la del autor de los antiliberales «Comentarios Nacionales» en la revista *La Actualidad Española*, muy distinta de la del director del diario *Madrid*, caído por la libertad de prensa y por el aperturismo democrático en 1972, y muy distinta igualmente de la del protagonista de la transición al régimen del 78 como presidente del Senado y ministro de la UCD.

No se trata de una obra de erudición y carece de aparato crítico. Es más bien un conjunto de reflexiones y recuerdos de los años de la Segunda República, que Fontán vivió como niño en una familia acomodada de Sevilla, católica y monárquica. Por el incendio vandálico del colegio de Villasís, perteneciente a la Compañía de Jesús, en mayo de 1931 tuvo que retrasar algunos días su primera comunión, y tuvo también que terminar el siguiente curso escolar en otro colegio a causa de la expulsión de los jesuitas. A lo largo de aquellos años conoció el hostigamiento anticatólico, con actos como la secularización de los cementerios y la supresión de crucifijos y de los desfiles procesionales, al igual que el ambiente general de desórdenes públicos y de creciente tensión y violencia, con el intermedio fallido del bienio, la revolución de octubre de 1934, las elecciones de febrero de 1936 y el final estallido bélico y revolucionario del verano de aquel año. Al producirse el alzamiento, el padre de nuestro autor puso Unión Radio Sevilla a disposición de los sublevados, desde donde el general Queipo de Llano pasó a pronunciar sus célebres charlas.

Las reflexiones del autor se remontan hasta lo que él considera los orígenes de la tragedia, que retrotrae a la revolución de 1868, sin prestar atención al liberalismo anterior. En ello se equivoca, puesto que no cabe disociar aquella radicalización tumultuosa de la senda inaugurada por las Cortes de Cádiz, con hitos tan

Fundación Speiro

infames como las matanzas de frailes de 1834 y las exclaustraciones y desamortizaciones. Desde mucho antes de 1868 fueron los liberales españoles, en palabras de Menéndez Pelayo, degolladores de frailes, robadores e incendiarios de iglesias y vendedores y compradores de sus bienes.

Pero al modo de ver de Fontán el primer intento de arrinconamiento de la España católica se produjo en los años que mediaron entre la revolución de 1868 y la restauración alfonsina, cuando confluyeron en ese objetivo los intelectuales secularizadores, los republicanos burgueses y los primeros obreristas de las grandes ciudades. Como volvieron a confluir, esta vez con mucho mayor peso de las organizaciones marxistas y anarquistas, en tiempos de la Segunda República.

No deja de referirse el autor al papel de la masonería y, al continuar su relato, pone el acento en la poderosa influencia cultural anticatólica de la Institución Libre de Enseñanza y de Ortega y Gasset y su escuela, en una España todavía muy mayoritariamente católica aunque ya herida en sus minorías.

Describe la acción política y cultural de los católicos en diferentes grupos (carlistas, integristas, mestizos o pidalistas, primeros católicos sociales o democristianos etc.), cuya desunión juzga duramente y dedica muchas páginas, globalmente elogiosas, al nacimiento, desarrollo y obras de la Asociación Católica (Nacional) de Propagandistas.

Nuestro autor subraya tres grandes acontecimientos durante el reinado de Alfonso XIII, como prueba de que los católicos españoles eran todavía capaces de desplegar una fuerza social a la que ninguna otra en el país se podía comparar: en 1910 las imponentes manifestaciones de protesta contra los proyectos de Canalejas, quien había vuelto a plantear la cuestión religiosa casi ausente de las discusiones políticas desde lustros antes, con los cuales se quería restringir la libertad de acción y de expansión de las órdenes y congregaciones (la llamada «Ley del Candado») y que, como resultado de la oposición católica, en la práctica quedaron en nada; los actos del Congreso Eucarístico Internacional de Madrid en mayo de 1911, que movilizaron multitudes increíbles para la época; y las peregrinaciones al Cerro de los Ángeles, cuyo emplazamiento viene a coincidir con el centro geográfico de España y donde, erigido un monumento nacional, el Rey, acompañado por todo el Gobierno y miles de personas, consagró España al Sagrado Corazón de Jesús el 30 de mayo de 1919.

Fundación Speiro

Tras la dictadura del general Primo de Rivera, en cuyo balance encuentra algunos activos importantes (pacificación de nuestro protectorado en Marruecos, prosperidad material, grandes obras públicas) pero un saldo político decepcionante, Fontán resume los años de la Segunda República como los de la ofensiva anticatólica de una nueva coalición formada por grupos de naturaleza y fines muy diversos (republicanos de izquierdas, socialistas, anarquistas, comunistas etc.), que tenían precisamente en el objetivo común de arrinconar a los católicos, e incluso destruirlos, el único verdadero vínculo de unión.

Aunque la Iglesia y los católicos españoles en general (incluso los carlistas) habían recibido el nuevo régimen sin oposición, muy pronto la quema de iglesias y conventos en mayo de 1931 y las disposiciones anticatólicas de la Constitución y otras leyes (en particular la de confesiones y congregaciones religiosas), crearon un problema nuevo: la mayoría católica oprimida. De manera que la coalición nacional del verano de 1936 se armó en torno a la fe católica, por mucho que entre los generales sublevados no faltasen algunos republicanos y hasta masones, y por mucho también que en el bando rojo quedasen aislados algunos pocos católicos como los nacionalistas vascos.

Hasta aquí básicamente los recuerdos y reflexiones de Antonio Fontán. Sólo falta concluir que, por todo ello y por la atroz persecución que contra la Iglesia se desató en la zona roja, la guerra civil fue principalmente una guerra religiosa, con razón llamada la Cruzada Nacional. Inaceptable para la «imagen» que de sí mismo había proyectado el autor «desde el inicio de la transición democrática hasta el final de su vida».

En mayo de 1966 Fontán organizaba ya junto con Joaquín Garrigues-Walker un encuentro informal de un grupo selecto de profesionales con el príncipe Juan Carlos, a quien el mensaje que se le deseaba transmitir era que España «tenía que ser un país moderno, como los demás». Y en septiembre de aquel mismo año nuestro autor escribía ya editoriales en el diario *Madrid* donde propugnaba «una democratización progresiva» y «la más completa realización de las libertades públicas comunes en los países de Occidente». Fontán había pasado, en palabras de su biógrafo Cosgaya, «de defender soluciones antiliberales, que hacían de la religión católica el factor regenerador, a otras de signo claramente liberal y democrático». Tanto él como Calvo Serer «habían renunciado a la tarea de construir un Estado que, a comienzos de los cincuenta –en plena

Fundación Speiro

época de *Arbor* y *La Actualidad Española*–, querían tan lejos de las democracias liberales como de los regímenes comunistas».

¿Fue el giro conciliar de la Iglesia determinante para la «deserción intelectual» de Fontán (así llamada por Pérez Embid, según contó Gonzalo Fernández de la Mora)? Cierto que semejante inflexión no determinó igual movimiento en el propio Pérez Embid quien, no obstante aquélla, permaneció siempre fiel a las ideas comunes de los tiempos de *Arbor*, hasta su muerte en 1974. Pero lo menos que puede decirse es que el acontecimiento conciliar influyó en la deserción de nuestro autor. Cosgaya la atribuye más bien a sus viajes por Europa, sus relaciones intelectuales y lecturas y «su forma de vivir la religión» en el Opus Dei. ¿Hay que entender que esa «forma de vivir la religión» se inspira en el liberalismo, procede del liberalismo o a él conduce? Frente a quienes, en cambio, al rechazar cualquier atisbo de clasicismo dogmático, litúrgico, moral o devocional, tildaron o siguen tildando de conservadora, o incluso integrista, a esa institución. Ambos juicios pueden coexistir: una tendencia, congénita u oportunista, al liberalismo, y la conservación, cada vez más desleída e incoherente, de jirones de las tradiciones de la Iglesia.

Con todo, no deja Cosgaya de subrayar, como ligados a la evolución de Fontán, «el personalismo cristiano» y «la libertad de las conciencias proclamada por el Vaticano II»; mención que, en esa pluma, hay que dar por alusiva no a la recta libertad de las conciencias, reconocida por Pío XI en la encíclica *Non abbiamo bisogno* (1931), que es el derecho de las almas a procurarse y propagar el bien y la verdad; sino precisamente al innovador derecho a la libertad religiosa proclamado por el Concilio Vaticano II, que es la inmunidad de coacción frente a cualquier potestad humana para que los hombres puedan procurarse y propagar el bien o el mal, la verdad o el error, dentro de los límites debidos (que, en la práctica, son únicamente los del orden público).

Hacia el final de su vida, en una conferencia o entrevista que recuerdo muy bien haber leído pero que no he conseguido recuperar, Antonio Fontán vino a afirmar que el sistema autonómico de 1978 había sido un error, «pero yo ya me he confesado». A pesar de la ruina espiritual de España que ha seguido a la Constitución del 78, no dijo sin embargo haberse confesado de un inmenso error mucho más grave: el de haber renunciado a la unidad católica de nuestra patria.

Juan Manuel Rozas

Fundación Speiro